

Venezuela

El ocaso de una democracia bipartidista

Alfredo Ramos Jiménez

En este artículo se abordan las causas y proyección de la descomposición del sistema bipartidista venezolano a partir de los resultados electorales de 1998. Asumido como un proceso en el que los principales actores políticos parecen desconocer los alcances, el final del duopolio partidista queda planteado dentro de un escenario en el cual las nuevas generaciones se presentan carentes de experiencia política, por una parte, y ávidas de un cambio radical que, hasta aquí, ha venido a alimentar la incertidumbre en el gobierno de Chávez. Se concluye afirmando que la forma partidista de hacer política puede haber entrado en franco retroceso, poniendo en peligro la gobernabilidad y la paz social.

La discusión sobre la crisis y reforma del sistema político venezolano ya había sido planteada a fines de la década de los 80. Los políticos en sus intervenciones públicas y los investigadores en sus escritos parecían de acuerdo en un punto: la democracia venezolana comenzaba a vivir en peligro y las amenazas eran reales para un sistema que se había acostumbrado a una situación de equilibrio y estabilidad política y a una relativa paz social, que contrastaba con lo sucedido en los países vecinos¹. Si a esto agregamos la

ALFREDO RAMOS JIMÉNEZ: politólogo venezolano, director del Centro de Investigaciones de Política Comparada. Universidad de Los Andes, Mérida. Es autor de *Los partidos políticos en las democracias latinoamericanas*, ULA, Mérida, 1995, y *Las formas modernas de la política. Estudio sobre la democratización de América Latina*, Centro de Investigaciones de Política Comparada, ULA, Mérida, 1997.

1. La literatura sobre la crisis venezolana es abundante durante la pasada década, cuando el proceso desencadenado provoca a unos cuantos cambios funcionales en la tradicional forma de hacer política, que pondrán a prueba el para entonces consolidado sistema de partidos. V. los trabajos colectivos de Moisés Naím y Ramón Piñango (comps.): *El caso Venezuela: una ilusión de armonía*, IESA, Caracas, 1985; Juan A. Silva Michelena (coord.): *Venezuela hacia el 2000. Desafíos y opciones*, Nueva Sociedad, Caracas, 1987; Alfredo Ramos Jiménez (ed.): *Venezuela. Un sistema político en crisis*, Kappa, Mérida, 1987; y Andrés Serbin et al. (eds.): *Venezuela: la democracia bajo presión*, Invesp - Universidad de Miami - Nueva Sociedad, Caracas, 1993. Los trabajos de Aníbal Romero: *La miseria del populismo. Mitos y realidades*

Palabras clave: elecciones, bipartidismo, gobernabilidad, Venezuela.

gran disponibilidad de recursos provenientes de la riqueza petrolera, no faltaban razones a quienes insistían en la excepcionalidad venezolana dentro del contexto de los países latinoamericanos, marcado por la profundización de la crisis económica. De aquí que la democracia local haya sido vista como el modelo exitoso de una «democracia de partidos», que se reafirmaba periódicamente con cada elección, modelo caracterizado por gobiernos monocolors y parlamentos controlados por un bipartidismo que reducía las posibilidades de terceros partidos². La oposición, si cabe llamar oposición a la fuerza que resulta del partido perdedor y no competidor, sería en todo momento una «oposición leal», en la conocida proposición de Juan Linz. Una oposición que, debido a una estricta y regular alternancia, compartía con el equipo gobernante de turno la responsabilidad de llevar adelante el proyecto democrático que hasta fines de la década pasada no mostraba indicios de fragilidad alguna³.

de la democracia en Venezuela, Centauro, Caracas, 1987; y de Diego Bautista Urbaneja: *Pueblo y petróleo en la política venezolana del siglo xx*, Cepet, Caracas, 1992, ponen énfasis en el carácter bipartidista de la democracia venezolana. V. tb. Pedro Guevara: *Concertación o conflicto: el pacto social y el fracaso de las propuestas consensuales a la crisis del sistema político venezolano*, UCV, Caracas, 1989; Gonzalo Barrios Ferrer: «Notas sobre el sistema político venezolano. Desarrollo, balance y perspectivas» en *Mundo Nuevo. Revista de Estudios Latinoamericanos* año X N° 36-37, 4-9/1987, Caracas, pp. 165-202.

2. La partidocracia, que resulta del sistema bipartidista sin oposición, ya era señalada como uno de los mayores problemas que confrontaba Venezuela en el proyecto de reformas políticas presentado en 1986 por la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (Copre). V. Copre: *Propuestas para reformas políticas inmediatas*, Copre, Caracas, 1986; v. tb. Luis Gómez C. y Margarita López M.: *El tejido de Penélope: la reforma del Estado en Venezuela (1984-1988)*, Cendes/Apucv, Caracas, 1990. De acuerdo con Michael Coppedge, «Un indicador indirecto de la penetración de los partidos en la vida social es el porcentaje de la población inscrita en AD o en otros partidos políticos. En 1985, AD anunció que tenía un total de 2.253.887 militantes, en una población estimada de 8.650.000 de votantes inscritos» (ob. cit., p. 153). Además, con su 26% del electorado, AD habría sido el mayor partido socialdemócrata del mundo en la década de los 80. Si bien es cierto que el segundo partido, Copei, ha contado con alrededor de 800.000 militantes, siempre ha sido considerado, conjuntamente con la Democracia Cristiana chilena, como uno de los mayores de América Latina. Hacia 1978, los dos principales partidos venezolanos contaban con casi el 70% de electores. Cf. Humberto Njaim: «El financiamiento de la maquinaria partidista en Venezuela» en Juan C. Rey et al.: *El financiamiento de los partidos políticos y la democracia en Venezuela*, Ateneo - Jurídica Venezolana, Caracas, 1981, pp. 40-41. Diez años más tarde (elecciones de 1988), AD y COPEI contaban con el 92% de electores, aunque este resultado se debía en gran parte a una operativa economía del voto. En 1993, el porcentual fue del 45%, manteniéndose en un 40% en 1998, resultado apreciable ciertamente, pero insuficiente para impedir el triunfo de Chávez y del MVR en elecciones polarizadas. La abstención electoral fue de 39,84% en 1993, para pasar a 43,40% en 1998. Este porcentaje es alto para los estándares venezolanos si lo comparamos con el 18% de las elecciones de 1988. En cuanto a las regionales, la abstención se ha mantenido constante desde 1989 siempre sobrepasando el 50%, aunque en las de 1998 baja al 46%. Ello se debe al marcado acento presidencialista de la democracia y a una cierta desmovilización local netamente antipartidista. V. José Virtuoso: «¿Qué nos reveló el 8 de noviembre?» en *Revista Sic* N° 610, 12/1998, pp. 466-469.

3. V. Juan J. Linz: *La quiebra de las democracias*, Madrid, Alianza, 1987. La estabilidad política de la democracia bipartidista incluso ha sido incorporada en las diversas hipótesis político-comparativas. Así, en su evaluación del presidencialismo, Giovanni Sartori hasta afirma el hecho de que «Venezuela es el único país sudamericano que puede –sobre la base de dos partidos fuertes y disciplinados– enfrentar el riesgo de un experimento parlamentario». Todo para agregar que: «por el momento la solidez del bipartidismo venezolano está en ruinas». Sartori se refiere a las consecuencias previsibles de la elección de Rafael Caldera

La experiencia de gestiones sin oposición real, fenómeno que caracteriza a los gobiernos sucesivos de Luis Herrera (Copei) y de Jaime Lusinchi (Acción Democrática, AD) ya anunciaba todo un proceso de deslegitimación institucional que habría de desembocar en la segunda presidencia de Carlos Andrés Pérez (1989). Y es que el logro de un amplio consenso constituía la condición *sine qua non* de la configuración gubernamental bipartidista desde sus orígenes en 1958⁴. Ello a tal punto, que tanto AD como Copei habían logrado excluir a terceras fuerzas del juego político efectivo y, al parecer, fomentaban una estricta disciplina partidista (rigidez burocrática interna) como base para el mantenimiento de un sistema que iba desarrollándose sin traumas ni sobresaltos.

Así, una primera etapa, que se extiende desde 1958 a 1973, corresponde al proceso de composición bipartidista sustentado en el alto nivel de centralización político-administrativa impulsada desde el Estado. Una segunda etapa, de 1973 a 1988, en la cual el bipartidismo se orienta hacia la instauración de un régimen partidocrático, con capacidad para neutralizar eventuales esfuerzos desestabilizadores internos o externos al sistema. Trátase de una etapa en la que se suceden realineamientos electorales fuertemente desideologizantes en los dos principales partidos (abandono creciente de ideologías, programas y principios), fenómeno que los iría acercando hasta conducirlos a una cuasi-identificación de objetivos e intereses⁵. El duopolio resultante

en 1993. V. G. Sartori: *Ingeniería constitucional comparada. Un enfoque de estructuras, incentivos y resultados*, FCE, México, 1994, p. 114. El grado de consolidación de la democracia venezolana también ha sido destacado por Samuel P. Huntington, para apoyar su hipótesis sobre el «desarrollo de una cultura política democrática», dentro de su planteo sobre la «tercera ola de la democratización». Así, «la estabilidad de la democracia depende de la capacidad del pueblo de distinguir entre el régimen, por un lado, y el gobierno o los gobernantes, por otro. En 1983, por ejemplo, 25 años después de la instauración del régimen democrático de la segunda ola en Venezuela, la opinión pública estaba absolutamente desilusionada con el ejercicio de los gobernantes electos, pero no con el sistema por el que habían sido elegidos. ... En general, a pesar de la incapacidad de los gobiernos elegidos para resolver efectivamente los problemas a los que se enfrentaba el país, los venezolanos estaban comprometidos con mayor fuerza con la democracia en 1983 de lo que habían estado en 1973» (S.P. Huntington: *La tercera ola. La democratización a finales del siglo xx*, Paidós, Barcelona, 1994, pp. 223-224).

4. Retomo aquí un ensayo de periodización propuesto en el apartado de mi libro sobre la política de la transición en Venezuela; v. A. Ramos Jiménez: *Las formas modernas de la política. Estudio sobre la democratización de América Latina*, Centro de Investigaciones de Política Comparada, Universidad de Los Andes, Mérida, 1997, pp. 117-134.

5. El bipartidismo venezolano, con fuertes inclinaciones partidocráticas, se apoyaba ciertamente en unas cuantas disposiciones del texto constitucional de 1961. El Pacto Institucional que permite a AD y Copei el control de las directivas del Congreso, parecía un hecho incuestionable hasta hace unos pocos años. De aquí que no faltan razones para considerar al sistema como una «partidarquía». Así, Michael Coppedge ha observado el hecho de que: «los partidos venezolanos han logrado penetrar y obtener el control de casi todas las demás organizaciones privadas, hasta un grado inusitado en las sociedades democráticas. Todas las agrupaciones, amén de las asociaciones comerciales, la Iglesia y las fuerzas armadas, son campos de batalla por el control partidista». Todo para concluir que: «Venezuela sufre de un caso extremo de partidarquía, un síndrome en el cual los canales de representación ciudadana están bloqueados tanto dentro como fuera de los partidos, los dirigentes no electos (cúpulas) ejercen una influencia indebida sobre los legisladores y el Congreso tiende a deba-

habría recibido el golpe de gracia cuando, elegido Carlos Andrés Pérez por segunda vez, éste se desentiende de su partido y opta por la conformación de un equipo gubernamental de corte tecnocrático, que lo empujaría hacia la adopción de políticas económicas neoliberales.

La tercera etapa, de desintegración del sistema, arranca en 1988 y se extiende hasta nuestros días. Debilitado internamente el duopolio partidista por el fraccionalismo que se ha ido desarrollando en la lucha generacional por el relevo de los equipos dirigentes y, en lo externo, por el crecimiento sostenido de un *antipartidismo*, que comienza a adquirir grandes proporciones con la opción triunfadora de Rafael Caldera en 1993, por una parte, y con el avance de la descentralización político-administrativa (elecciones directas de alcaldes y gobernadores a partir de 1989), que alimenta y favorece las soluciones regionales y locales extrapartido, por otra⁶. La aparición de lo que se ha dado en llamar «nuevos liderazgos» habría así contribuido sin proponérselo al desmantelamiento del tradicional duopolio partidista. Si bien es cierto que en este fenómeno radica una de las mayores contradicciones del sistema, como lo veremos más abajo, cabe advertir que el fenómeno del antipartidismo llegaría a ser mucho más sólido a nivel nacional que a nivel local.

Si a esto agregamos las dos asonadas militares de 1992, el cambio de las pautas de organización era un imperativo para el que los dos principales partidos no estaban preparados y en modo alguno dispuestos a asumir. Sólo el descalabro del segundo gobierno de Caldera habría de terminar con las ilusiones de recomposición de un sistema que había significado para Venezuela el precio de la estabilidad política y de una relativa paz social. Así, el triunfalismo excesivo de la clase política y la autosuficiencia bipartidista, a la larga habrían de conducir al sistema a una situación de crisis, donde ya no eran suficientes las lecciones del pasado y en la que había que encarar los retos y desafíos de una economía más globalizada, dominada por la incertidumbre y de una cultura política democrática, caracterizada por la exclusión y la ineficiencia institucional.

tirse entre los roles extremos de sello de aprobación o piedra de tranca» (M. Coppedge: «Partidocracia y reforma en una perspectiva comparada» en A. Serbin et al.: ob. cit., pp. 151 y 156).

6. La necesidad de una reorientación del bipartidismo ya era evidente en diciembre de 1990, cuando se firma el «Pacto para la Reforma». Este pacto es suscrito por la mayoría de los partidos políticos con representación parlamentaria (además del presidente Carlos Andrés Pérez, lo firman los presidentes y secretarios generales de los partidos AD, Copei, MAS, Nueva Generación Democrática, URD, MEP, ORA y MIN). Entre los compromisos asumidos como tareas de corto plazo venía incluida una «aprobación de la Ley de Partidos Políticos, dirigida a regular la democracia interna de los partidos y a mejorar la supervisión sobre las contribuciones financieras a las campañas electorales». Cf. Juan Carlos Navarro: «En busca del pacto perdido. La fallida búsqueda del consenso en la Venezuela de los ochenta y los noventa» en A. Serbin et al.: ob. cit., pp. 69-85; v. tb. Carlos Blanco: «Una oportunidad para reformar y modernizar los partidos» en Copre: *Venezuela, democracia y futuro. Los partidos políticos en la década de los 90*, Copre, Caracas, 1991, pp. 19-22.

Los cinco años del gobierno de Caldera habrían correspondido así a una «perestroika» que no se dio. Por el contrario, atrincherado en el Parlamento, el bipartidismo procedería a un continuo ejercicio de desaciertos en el que los ciudadanos identificaban cada vez más los resultados de una etapa de frustración de las expectativas y de promesas incumplidas. Lejos de constituirse en el primer gobierno no partidista, el segundo gobierno de Caldera tuvo que recurrir al apoyo partidista (parlamentario) para sostenerse y durar. Pero no por ello las opciones antipartido habían perdido terreno. Muy por el contrario, el antipartidismo canalizó la oposición, adoptando contenidos antidemocráticos, lo que le aseguraría en el mediano plazo la posibilidad de constituirse en una alternativa política viable.

Las elecciones de 1998

Si bien es cierto que los elementos desencadenantes de la crisis ya eran perceptibles a fines de los 80, resultaba muy aventurado plantearse como hipótesis de trabajo una crisis terminal de los partidos y del sistema de partidos hasta hace unos pocos años. Las investigaciones que en los últimos tiempos asumen el fin del bipartidismo y su reemplazo por un sistema multipartidario no han contado con apoyo teórico-empírico suficiente para sostener ese cambio, que en el caso de Venezuela habría adquirido las características de una revolución⁷. Una observación detenida en el último año debería destacar el surgimiento de elementos nuevos para resaltar el comienzo de una nueva etapa social y política cargada de incertidumbre.

Desde sus comienzos, el proceso electoral de 1998 ya anunciaba que buena parte de «lo viejo» iba dejando su lugar a «algo nuevo». Lo viejo era seguramente la experiencia política de 40 años de democracia bipartidista. Y, lo nuevo, estaba conformado por la promesa antipartidista que se autoproclamaba, sea como plataforma de un relevo generacional (estrategia de la candidata Irene Sáez, largo tiempo adelante en las encuestas), o bien como la propuesta de «refundación de la República» (estrategia del candidato Hugo Chávez, en un cuarto lugar en las primeras encuestas).

Por paradójico que parezca, con la descentralización los partidos se habían hecho fuertes en el nivel local, en los estados, no así en el nivel nacional. Se advertiría luego que la tentativa manifiesta de sumar las partes estaba con-

7. V. Simón Rosales A.: «Descentralización y resultados electorales» en VVAA: *El proceso electoral de 1993. Análisis de sus resultados*, Cendes, Caracas, 1995, pp. 67-86; tb. «Participación, apatía e indiferencia frente al sistema político venezolano (1958-1993)» en *Revista Venezolana de Ciencia Política* N° 12, 7-12/1997, Mérida, pp. 123-158; José E. Molina y Carmen Pérez: «Los procesos electorales y la evolución del sistema de partidos en Venezuela» en Ángel Álvarez: *El sistema político venezolano: crisis y transformaciones*, UCV, Caracas, 1996, pp. 193-233. Por su parte, Manuel Hidalgo Trenado considera que antes de 1973 se debe hablar de un sistema multipartidario, puesto que el bipartidismo sólo había entrado en carrera hacia su consolidación con las elecciones de 1973. A partir de esta fecha y hasta 1988, el bipartidismo estaba ya consolidado, para entrar en crisis aguda en 1989; cf. Manuel Hidalgo Trenado: «Consolidación, crisis y cambio del sistema venezolano de partidos» en *Politeia* N° 21, 1998, Caracas, pp. 63-100.

denada de antemano: a pesar de su implantación nacional innegable, los dos principales partidos ya habían perdido la mayor tajada de su electorado tradicional. Sin embargo, ello no impidió que hasta aquí los mismos siguieran contando con una gran fuerza electoral en el nivel local. La separación de las elecciones estadales y parlamentarias por un lado (en noviembre de 1998) y presidencial (diciembre del mismo año), se inscribe dentro de esta dicotomía nacional/local. En tal sentido, la decisión bipartidista de adelantar en un mes las consultas locales había adquirido desde su implementación las características de una primera vuelta, lo que permitiría a todos los partidos y grupos electorales contarse para establecer sobre bases firmes la estrategia necesariamente coalicionista de la elección presidencial, convertida de hecho en una segunda consulta.

Una primera lectura de los resultados electorales del 8 de noviembre dejaba entrever la imposibilidad para el duopolio (AD: 24% + Copei: 12%) de imponerse en las presidenciales sin el recurso de la coalición con otras fuerzas hasta ese momento adversas, hecho sin precedentes en la historia democrática venezolana. El éxito electoral, con un 20%, del MVR (Movimiento Quinta República), que se presentaba por primera vez, anunciaba desde ya una polarización electoral inevitable. Si bien los dos principales partidos conservaban un buen número de escaños en el Parlamento, la cuestión presidencial quedaba planteada entre Hugo Chávez, candidato del autodenominado Polo Patriótico, y Henrique Salas Römer, candidato que, adelante en las encuestas, estaba en capacidad de sumar los votos de un frente anti-Chávez, y para la ocasión se presentaría como el *polo democrático*. La decisión bipartidista de apoyar al candidato independiente (extra-partido) mejor ubicado en las encuestas estuvo plagada de idas y venidas, que no obedecían en modo alguno a una estrategia coherente y que acabarían con las expectativas de mantenimiento del sistema. En circunstancias tales que el antipartidismo creciente ya se había hecho fuerte en el terreno abandonado del bipartidismo. En otras palabras, el voto chavista recogería buena parte del electorado tradicional del bipartidismo.

La campaña electoral presidencial no se planteó en otros términos que en los de la confrontación amigo/enemigo, reñida con la tradicional política de adversarios, predominante en los 40 años del periodo democrático. El realineamiento electoral obedecía entonces al impulso de quienes optaban por el cambio «popular y revolucionario» de Chávez o por el cambio en la continuidad de Salas Römer. De modo tal que la opción por el cambio recogería todo el «voto castigo» que se ha nutrido dentro del nuevo clivaje: democracia partidista / democracia antipartidista. El crecimiento del bloque antipartidista que reúne, además del MVR, a partidos minoritarios (MAS - Movimiento al Socialismo, PPT - Patria para Todos, PCV - Partido Comunista, que suman un 14%) entra dentro de una aritmética electoral que va más allá de las cifras manejadas por las principales empresas encuestadoras⁸, puesto que

8. Una semana antes de las elecciones del 6 de diciembre, las principales encuestadoras daban un «empate técnico» entre los dos principales candidatos. Para la empresa Datos:

habría que agregar el voto «adeco-copeyano» que terminaría desplazándose hacia Chávez (alrededor del 12%).

La estrategia electoral afincada en un frente anti-Chávez no pudo ser más desacertada. En un principio se había creído que los autodenominados «nuevos liderazgos» regionales, fuertemente partidizados, podían fundar una opción victoriosa, pero se había dejado de lado apresuradamente la enorme voluntad de cambio de un electorado nacional frustrado, más identificado con la promesa chavista. Los partidos tradicionales habían perdido el control de sus bases y el electorado potencial les era del todo adverso. La estrategia del chavismo, por su parte, recogía los resultados de una serie interminable de errores políticos y promesas incumplidas del bipartidismo. Con movilizaciones de calle y mediante el discurso populista y mesiánico de su candidato (con una profusión de citas de la Biblia y del ideario bolivariano), la opción Chávez se fue imponiendo a un electorado que asistía sorprendido a las negociaciones de última hora de los estrategas del bipartidismo, en las que igual se desprendía de candidatos sin opción como se procuraba apuntalar la única candidatura que, según las encuestadoras interesadas, contaba con posibilidades reales de detener lo que los venezolanos comenzaron a llamar el «huracán Hugo».

Si el fenómeno Chávez era más que una estrategia electoral exitosa, lo habrían de advertir muy pronto los generales sin tropa del bipartidismo. A tal punto que, pasadas las elecciones, la recomposición de los equipos dirigentes parece aún fuera de lugar. En ello tiene mucho que ver el fracaso de una generación política que debía asegurar el relevo, ubicada entre los 40 y 55 años, y la evidente falta de experiencia de la generación de los 30-40 años en los partidos del estatus democrático. Cabe preguntarse si los partidos del chavismo estarán en el corto y mediano plazo en capacidad de ocupar el espacio enajenado al bipartidismo. La respuesta es negativa, si partimos del hecho de que en su composición variopinta encontramos gente proveniente de la izquierda ortodoxa, los frustrados recientes del bipartidismo y los portadores más radicales de la reivindicación militar⁹. Si bien es cierto que el equipo dirigente del MVR cuenta con mayores posibilidades de convertirse en el «party government» de un desmantelado sistema de partidos o en el primer nuevo partido del futuro, también habría que esperar los resultados de la movilización cívico-militar que en nuestros días anuncia la llegada de los «nuevos tiempos» y que al parecer marcarán un *renacimiento no institu-*

Chávez 38% y Salas Römer 37%; Datanálisis: Chávez: 45% y Salas Römer: 41%; cf. *El Nacional*, 19/11/1998.

9. Según Alberto Arvelo Ramos, habría tres grupos en el MVR: 1) el «chavismo popular y democrático», grupo «plural y variopinto»; 2) el de los «militaristas a ultranza», grupo antidemocrático «culturalmente homogéneo, con unidad de mando y objetivos inequívocos»; y 3) el de los «deninistas», grupo antidemocrático promotor de «la dictadura de un solo partido», que sueña con «una explosión irreversible de corte bolchevique»; A. Arvelo R.: *El dilema del chavismo. Una incógnita en el poder*, Centauro, Caracas, 1998 (esp. cap. IV: «¿Por qué prefieren a Chávez? ¿Quiénes lo respaldan?»), pp. 33-51.

cional de la política, que ya empieza a manifestarse tanto en los medios como en las discusiones de calle.

El declive partidista parece orientado inevitablemente hacia el desmontaje de los aparatos burocráticos de los dos principales partidos (proceso del que no están libres ni los terceros partidos como el MAS y el PPT). Carentes de generación de relevo, los partidos han debido apelar a un estrechamiento de la acción política a fin de encarar los retos sociales que han convertido esta última en actividad degradada. De aquí que en nuestros días las funciones patrimonialistas, de proveedor de servicios y prebendas, que habían dominado en la tradicional «forma partidista de hacer política», confronten grandes dificultades para el anclaje de los partidos en la vida social y para su definitiva institucionalización.

Si las funciones de representatividad y mediación de los intereses han sido en buena parte abandonadas, los partidos aparecen hoy en día como fórmulas ineficientes a la hora de ser gobierno y establecer la política pública. Asimismo, si los equipos dirigentes viven de espaldas al país, los ciudadanos electores han dejado atrás las ciudadelas partidistas, otrora prósperas y actualmente en proceso de dismantelamiento, desplazándose hacia nuevos espacios de una política más personalizada. Si el partido chavista en el gobierno se presenta hoy bajo la promesa de reconstitución de una sociedad escindida y fragmentada, su éxito eventual parece condicionado por la recomposición de un sistema partidista que garantice un mínimo de gobernabilidad democrática. Pasada la época de los «partidos de todo el pueblo», la ilusión populista que por momentos parece imponerse no es más que un espejismo para los desencantados de la democracia bipartidista. Porque el peligroso ejercicio de desinstitucionalización de los aparatos partidistas ha obedecido hasta aquí a una lógica legitimadora más proclive al «retorno del líder» que al funcionamiento de la democracia.

PUNTO DE VISTA

Abril 1999

Buenos Aires

Nº 63

Graciela Silvestri, La ciudad de los arquitectos. **Adrián Gorelik**, Observaciones sobre la sociedad civil y el Estado en la Argentina. **Beatriz Sarlo**, Educación: el estado de las cosas. **Miguel Dalmaroni y Margarita Merbilhaá**, Memoria social e impunidad: los límites de la democracia. **Nelly Richard**, La cita de la violencia: convulsiones del sentido y rutinas oficiales. **Federico Monjeau**, Thomas Bernhard: música y metáfora. **Carlos Altamirano**, Lecciones de un historiador socialista. **Marcelo Leiras**, Hechos y nombres de la izquierda. **Jorge Myers**, Entre la libertad y el miedo: Botana y la esporádica tradición liberal argentina.

Punto de Vista Revista de Cultura, Casilla de Correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires, Argentina. Telf.: (54-1) 4381-7229.